

CARA

Por IGNACIO AGUSTI

Y CRUZ

a propósito del tenis

HAN transcurrido años desde los tiempos del "lawn-tennis" hasta este tenis de hoy, en el que los representantes españoles acaban de destacarse tan cumplidamente a la cabeza del mundo occidental. Cuando Lili Alvarez cosechaba resonantes lauros en Wimbledon y Luis Alonso y Sindreu aparecían alguna vez en las páginas de las revistas deportivas internacionales, el tenis ya había dejado de ser un simple pasatiempo de balneario de la "belle époque"; pero conservaba un lustre mundano, en el que tanto valía la destreza y la fortaleza deportiva de los contendientes como el contorno social y elegante que vivía a sus expensas. Era el tiempo en que los casinos veraniegos estaban adosados a una o varias pistas de tenis, que a la vez servían en las verbenas de pista de baile, donde modulara el saxofón americano. Años del "new-deal" y de la cintura femenina a medio muslo; la mirada de los espectadores que seguían un partido nos parecía, en los noticiarios, un "no" intransigente de la despreocupada muchedumbre a ciertas realidades que ya asomaban, que ya risaban la epidermis, demasiado banal, de una sociedad que no había comprendido lo que significaba el sabor dramático de la primera guerra mundial. Charlott entregaba unas flores a su ciega dulce rubia; y un "spagueti" se le convertía en serpiente, en mitad de su juega con el millonario.

No obstante, el "lawn-tennis" estaba a mitad de camino entre los hipódromos de Proust y el proletario rugby de las esquinas. El Rey Gustavo de Suecia era considerado un Rey democrático porque jugaba al tenis. Un Rey tenista y velocipédico era entonces una novedad, en la época en que las monarquías habían sido marcadas indeleblemente por el rigor y la ceremonia de la Reina Victoria de Inglaterra. Muchos jugadores vestían todavía pantalón largo para sus partidos, entre ellos el Rey Gustavo. El deporte no se desmelenaba demasiado, conservaba las líneas y las formas. Al terminar un "match", todavía los campeones conservaban el diseño de la raya del pantalón, blanco impecable. A rastras del tenis, el color de la época era blanco. El Presidente Wilson lució muchas veces en la primera Sociedad de Naciones el pantalón blanco y el "jipi" antillano, que era una "tenue" de veraneante. El mundo político y el mundo social tenían un tinte albo y desmadrado. Hasta la aparición de las dictaduras, y en especial de Hitler, aquello era un increíble veraneo.

Aquel clima especial que poseía el tenis como pasatiempo de balneario, influye en la literatura; nos parece recordar que en algunos versos de Rafael Alberti y de Gerardo Diego asoma la silueta de alguna fragante "tennis-woman" del tiempo, esbelta como Norma Shearer, en un faldellín volandero. La náutica apura sus proezas y no es raro que en las ciudades aún provincianas, que se estimen, exista un club de tenis y un club náutico, el cual contribuye a acentuar la tonalidad azul y blanca del tiempo, a la que se le añade el tornasol de una inofensiva limonada.

Pero aunque no sean muchos los años que han transcurrido desde entonces, lo que en ellos ha pasado ha modificado el matiz de las cosas. Una raqueta ya no es un elemento decorativo airoso en manos de una ninfa o de un galán, sino

que se ha convertido en una catapulta poderosa. Aquel "no" sistemático y reposado de otros tiempos se ha vuelto frenesí de muchedumbres. Ya no se llega a campeón porque se ha pasado el rato, sino que ello implica una tenaz disciplina, una dedicación total, un empeño absoluto de todas las facultades. Los campeones nacen en la misma cancha. Los recoge-pelotas de los antiguos señoritos de club se baten hoy arduosamente. Y los espectadores vociferan, gritan y aplauden frenéticamente en oleada impulsiva y pasional.

También dentro del tenis se ha metido la conflagración, el olor de muchedumbres, el jadeo colectivo y la explosión atómica. Dentro de cada rebote está implicada la fuerza del tiempo. Hay algo más grave que el "fair play", en la expectación con que se atiende al resultado de un saque o a la conclusión de un "match". En el silencio espectral con que se espera el término de un resultado incierto resuena la taquicardia colectiva y de nuestra época. No sabemos si todo ello es desmesurado, pero es indicio de que también hasta el tenis ha sido pillado por el afán de nuestra época; y parece que en el momento en que se libra el combate estemos dirimiendo una batalla decisiva y vital.

Naturalmente que la ocasión lo requiere. Por primera vez en su historia, los representantes de España han conseguido eliminar uno tras otro a los representantes de los demás países que se les han opuesto, hasta convertirse en campeones del hemisferio occidental. Las luchas que tendrán que dirimir contra la India y contra Australia nos dirán si pueden ser considerados los mejores jugadores del mundo. Pero aunque perdieran en esos próximos encuentros, podríamos creer que lo son ya, puesto que en esos encuentros que faltan, la competición se efectuará en pista de hierba, lo que constituye un serio inconveniente para los jugadores de aquí.

No es raro, pues, que se haya desbocado la pasión nacional a la vista de semejantes resultados. Eliminar a los Estados Unidos de América, aunque sea en tenis, nos parece a nosotros una proeza inimaginable. Aquel país, con cerca de doscientos millones de habitantes, es, comparativamente al nuestro, que alcanza a duras penas los treinta, como un Goliat enorme. Sus astros y paladines están segregados de una sociedad en plena forma, que da inmensas facilidades para la selección y para la puesta a punto de sus atletas. Sería ridículo y aldeano sacar consecuencias trascendentes de un acontecimiento estrictamente deportivo, y seguramente circunstancial; pero no hay duda de que los responsables de este deporte y, sobre todo, los propios genios de la raqueta triunfadores, se deben sentir orgullosos de su gesta.

La Copa Davis pertenece a un orden de instituciones que son ya monolitos de tradición, esquemas y monumentos de tiempo. Como el premio Nobel, es un símbolo de valores intocables. No es posible adoptar ante estos resultados actitudes socarronas. Nos parece muy bien el entusiasmo y hasta la repercusión colectiva que tienen nuestras victorias. Ellas son capaces de ejercer un poder estimulante sobre todas nuestras vísceras colectivas. También España entera podría dejar de ser aquel balneario blanco de otras épocas y aspirar dentro de poco a una confrontación global con el resto de los países del mundo, en el nivel de la economía, de la política, de la actividad, del impulso y de la iniciativa. Todo radica en la posibilidad que poseamos de saber devolver la pelota.